

LA GRAN INUNDACIÓN

TOVE JANSSON

La traducción de esta obra se hizo posible gracias al apoyo de
FILI – Finnish Literature Exchange



Todos los derechos reservados.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Título original: *Småtrollen och den Stora Översavämningen*

Colección dirigida por Michi Strausfeld

Diseño gráfico: Gloria Gauger

© Tove Jansson, 1945

First published by Schildts Förlags Ab, Finland. All rights reserved.

© De la traducción, Pontus Sánchez

© Ediciones Siruela, S. A., 2014

c/ Almagro 25, ppal. dcha.

28010 Madrid. Tel.: + 34 91 355 57 20

Fax: + 34 91 355 22 01

ISBN: 978-84-16120-60-4

Depósito legal: M-10.274-2014

Impreso en Anzos

Printed and made in Spain

Papel 100% procedente de bosques gestionados
de acuerdo con criterios de sostenibilidad



Traducción del sueco de
Pontus Sánchez

Ilustraciones de la autora

 Siruela

Las Tres Edades



Era invierno de 1939 y estábamos en plena guerra. Mi trabajo estaba parado, me parecía inútil intentar hacer algún dibujo.

A lo mejor no es tan raro que de pronto me entraran ganas de escribir algo que empezara con «Érase una vez». Lo que viniera después tenía que ser por fuerza un cuento, era inevitable, pero en un intento de excusarme opté por no hablar de príncipes, princesas ni de niños pequeños, sino que me decanté por usar el personajillo enfurruñado que utilizaba para firmar mis ilustraciones cómicas y al que llamé Mumintröll.

El cuento, a medio escribir, quedó olvidado hasta 1945. Entonces me vino una amiga y me dijo que aquello podía convertirse en un libro infantil, que lo terminara de escribir e ilustrar, que a lo mejor me lo aceptaban en alguna editorial.

Yo había pensado ponerle por título algo relacionado con el Mumintröll o la búsqueda de su padre –al estilo de la búsqueda del capitán Grant–, pero la editorial quería poner «los pequeños troles» para que los lectores lo entendieran mejor.

El cuento está bastante influenciado por los libros que leí y adoré en mi infancia, un poco de Julio Verne, un poco de Collodi (la niña del pelo azul), etcétera. Pero ¿por qué no?

En cualquier caso, ¡aquí va mi primer final feliz!

Tove Jansson



Ya debía de ser mediodía, de un día de finales de agosto, cuando el Mumintroll y su madre alcanzaron la parte más profunda del gran bosque. Con el silencio y la penumbra entre los árboles uno podía pensar que ya estaba anocheciendo. Por todas partes crecían flores gigantes que brillaban con luz propia como si fueran lámparas, y al fondo de las sombras había unos puntitos verde claro que se movían.

—Luciérnagas —dijo Mamá Mumin, pero no tenían tiempo de pararse a mirarlas más de cerca. Habían salido a buscar un sitio agradable y cálido donde construirse una casa en la que vivir antes de que llegara el invierno. Los mumintroll no soportan nada bien el frío, así que la casa tenía que estar lista como muy tarde en octubre.

Siguieron caminando y cada vez se adentraban más en la oscuridad. Al cabo de un rato el Mumintroll empezó a tener miedo y le preguntó entre susurros a su madre si creía que había animales peligrosos allí dentro.



—Lo dudo —dijo ella—, aunque creo que sería mejor que nos diéramos un poco más de prisa, a pesar de todo. Y si viniera algún bicho peligroso, espero que seamos lo bastante pequeños como para pasar desapercibidos.

De pronto el Mumintroll agarró a su madre muy fuerte del brazo.

—¡Mira! —dijo, y estaba tan asustado que la cola se le había puesto tiesa. Entre las sombras, detrás de un tronco, había dos ojos observándolos fijamente. Al principio su madre se asustó también, pero después se relajó.

—Creo que no es más que un animalito muy pequeño. Espera, voy a iluminarlo. A oscuras las cosas siempre parecen mucho peores de lo que son, ¿sabes?

Y luego cogió una de las grandes flores que brillaban y alumbró la oscuridad. Entonces pudieron comprobar que, en efecto, allí había un animalito muy pequeño, de aspecto amable y que parecía un poco asustado.

—¿Ves? —dijo Mamá Mumin.

—¿Qué sois vosotros? —preguntó el animalito.

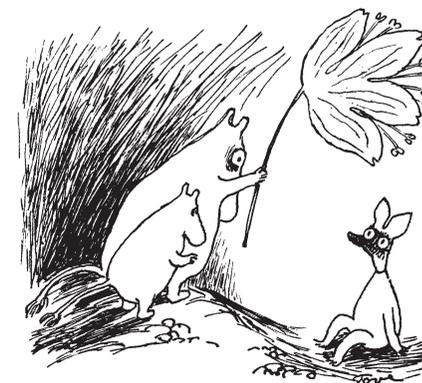
—Soy un mumintroll —dijo el Mumintroll, que ya se había vuelto valiente otra vez—. Y ella es mi madre. Espero que no te hayamos molestado. (Es evidente que su madre lo había enseñado a ser amable.)

—Al contrario —dijo el animalito—. Me estaba poniendo bastante triste aquí sentado y echaba de menos un poco de compañía. ¿Tenéis mucha prisa?

—Sí —respondió Mamá Mumin—. Estamos buscando un sitio bien soleado para construirnos una casa. Pero a lo mejor te apetece acompañarnos.

—¡Claro que me apetece! —exclamó el animalito, que se acercó a ellos de un brinco—. ¡Me he perdido y creía que nunca más volvería a ver el sol!

Y así continuaron los tres, con un gran tulipán para alumbrar el



camino. Pero a su alrededor la oscuridad cada vez era más profunda y las flores brillaban con menos intensidad bajo los árboles, hasta que al final las últimas se apagaron.

Un poco más adelante vieron los reflejos de una superficie de agua negra y el aire se volvió pesado y frío.

–Uy, qué horror –dijo el animalito–. Es la ciénaga. Yo no me atrevo a acercarme.

–¿Por qué no? –preguntó Mamá Mumin.

–Pues porque ahí vive la Gran Serpiente –dijo el animalito con un hilillo de voz y mirando hacia todas partes.

–Bah –dijo el Mumintroll, haciéndose el valiente–. Somos tan pequeños que seguro que no se da cuenta. ¿Cómo vamos a encontrar la luz del sol si no nos atrevemos a cruzar? Venga, vamos.

–Vale, pero solo un trocito. Hay que ir con cuidado. ¡Y bajo vuestra responsabilidad!

Comenzaron a cruzar en silencio de una mata de hierba a otra. A su alrededor, el lodo negro borboteaba y susurraba, pero mientras el tulipán luminoso siguiera dando luz estaban tranquilos. En un momento dado, el Mumintroll tropezó y estuvo a punto de caer al agua, pero su madre consiguió agarrarlo en el último momento.



–Tendremos que seguir en barca –dijo ella–, porque te has empapado los pies. Seguro que te resfrías.

Entonces sacó un par de calcetines secos de su zurrón y subió al Mumintroll y al animalito a una gran hoja de nenúfar. Los tres metieron la cola en el agua a modo de remos y pusieron rumbo al centro de la ciénaga. Bajo el agua



vislumbraban seres oscuros que nadaban entre las raíces de los árboles, chapoteaban y se zambullían; la niebla se les echó encima con sigilo. De pronto el animalito gritó:

–¡Quiero irme a casa!

–No tengas miedo, animalito –dijo el Mumintroll con voz temblorosa–. Vamos a cantar algo alegre y...

En ese momento se apagó el tulipán y se quedaron totalmente a oscuras. Y en la oscuridad oyeron un siseo y notaron que el nenúfar comenzaba a balancearse.

–Rápido, rápido –gritó Mamá Mumin–. ¡Que viene la Gran Serpiente!

Sumergieron las colas aún más en el agua y comenzaron a remar con tanta fuerza que saltaba espuma por la proa. Entonces vieron que la serpiente se les acercaba por detrás.

Tenía aspecto de malvada y sus ojos eran crueles y amarillos.

Remaron cuanto pudieron, pero la serpiente estaba a punto de alcanzarlos y ya abría las fauces y sacaba su larga lengua bífida. El Mumintroll se tapó los ojos con las manos y gritó:

–¡Mamá! –Y esperó el momento de ser devorado.